

Francisco Fernández Carvajal

octavario por la unión de los cristianos
18 de enero. 1^{er} Día del Octavario

JESUCRISTO FUNDÓ UNA SOLA IGLESIA*

- Voluntad de Cristo de fundar una sola Iglesia.
- La oración de Jesús por la unidad.
- La unidad, don de Dios. Convivencia amable con todos los hombres.

I. *Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica*¹. ¡Cuántas veces a lo largo de nuestra vida hemos hecho esta profesión de fe, saboreando cada una de estas notas: *una, santa, católica y apostólica!* Pero en estos días en que la Iglesia nos propone una Semana para rezar con más fervor por la unidad de los cristianos, estaremos unidos en la oración al Papa, a los Obispos, a los católicos de todo el mundo y a nuestros hermanos separados. Estos, aunque no tienen la plenitud de fe, de sacramentos o de régimen, tienden a ella, impulsados por el mismo Cristo, que quiere *ut omnes unum sint*², que todos, y de modo particular los cristianos, lleguen a la unidad en una sola Iglesia, la que Cristo fundó, aquella que permanecerá en el mundo hasta el fin de los tiempos.

Creo en la Iglesia, que es una... La unidad es nota característica de la Iglesia de Cristo y forma parte de su misterio³. El Señor no fundó muchas iglesias, sino una sola Iglesia, «que en el Símbolo confesamos como una, santa, católica y apostólica, y que nuestro Salvador, después de su Resurrección, encomendó a Pedro para que la apacentara (cfr. *Jn* 21, 17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (cfr. *Mt* 28, 18 ss.), y la erigió perpetuamente en columna y fundamento de la verdad (cfr. *1 Tim* 3, 15). Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él, si bien fuera de su estructura se encuentran muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad de Cristo»⁴. En ocasiones se ha comparado la Iglesia a la túnica de Cristo, inconsútil, *de una sola pieza, sin costuras, tejida de arriba abajo*⁵: no tiene costuras para que no se rompa⁶, afirma San Agustín.

El Señor manifestó de muchas maneras su propósito de fundar una sola Iglesia. Nos habla de un solo rebaño y un solo pastor⁷, nos advierte de la ruina de un reino dividido en facciones contrapuestas *-omne regnum divisum contra se, desolabitur*⁸ de una ciudad cuyas llaves se entregan a Pedro⁹ y de un solo edificio construido sobre el cimiento de Pedro¹⁰...

Hoy, en la Comunión de los Santos, en la que de forma diversa participamos, nos unimos a tantos y tantos en todo el mundo que, con pureza de intención, piden: *ut omnes unum sint*, que todos seamos uno, en un solo rebaño bajo un solo Pastor, que no se desgaje nunca más una rama del árbol frondoso de la Iglesia. ¡Qué dolor cuando algún sarmiento se separa de la vid verdadera!

II. La solicitud constante de Jesús por la unidad de los suyos se manifestó de una manera particular en la oración de la Última Cena, que es, a la vez, como el testamento que nos

deja a los discípulos: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros... No solo ruego por ellos, sino también por los que creerán en Mí por las palabras de ellos, para que todos sean uno, como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado*¹¹.

Ut omnes unum sint... La unión con Cristo es causa y condición de la unidad de los cristianos entre sí. Esta unidad es uno de los mayores bienes para toda la humanidad, pues, siendo la Iglesia *una y única*, aparece como signo ante las naciones para invitar a todos a creer en Jesucristo, el Salvador único de todos los hombres; Ella continúa en el mundo esa misión salvadora de Jesús. El Concilio Vaticano II, haciendo referencia a los fundamentos del ecumenismo, relaciona la unidad de la Iglesia con su universalidad y con esta misión salvadora¹².

La unidad de fe y de costumbres es la que motiva la celebración del llamado primer Concilio de Jerusalén¹³, en los comienzos de la Iglesia. Y una buena parte de las *Cartas* de San Pablo son un llamamiento a la unidad. El cuidado de este bien tan grande es el principal encargo que San Pablo hace a los presbíteros¹⁴, a sus más íntimos colaboradores, y a quienes le habían de suceder en el pastoreo y sostenimiento de aquellas comunidades¹⁵. Esta preocupación está siempre presente en todos los Apóstoles¹⁶.

La doctrina de los Padres de la Iglesia lleva siempre a defender esta unidad querida por Cristo, y consideran la separación del tronco común como el peor de los males¹⁷. En nuestros días, ante la pretensión de un falso ecumenismo de algunos que consideran todas las confesiones cristianas como igualmente válidas, rechazando la existencia de una Iglesia visible heredera de los Apóstoles y, por tanto, en la que se realiza la voluntad de Cristo, el Concilio Vaticano II declaró para nuestra enseñanza que «una sola es la Iglesia fundada por Cristo Señor; muchas son, sin embargo, las Comuniones cristianas que a sí mismas se presentan ante los hombres como la verdadera herencia de Jesucristo; todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y siguen caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido. Esta división contradice abiertamente a la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres»¹⁸.

Porque amamos apasionadamente a la Iglesia nos duele en lo más íntimo del alma este «escándalo para el mundo» que constituyen las divisiones y sus causas. Por eso hemos de pedir y de ofrecer sacrificios, pequeñas mortificaciones en medio del trabajo diario, para atraer la misericordia de Dios, de manera que –superando muchas dificultades– sea cada vez mayor la realidad de esta unión en la única Iglesia de Cristo. En lo que esté de nuestra parte, quitaremos lo que pueda ser obstáculo, aquello que, por no vivir personalmente las exigencias de la vocación cristiana, pudiera ser motivo para que otros se alejen o no se acerquen a la Iglesia; resaltaremos lo que tenemos en común, dado que quizá a lo largo de la historia se ha puesto más de relieve lo que separa que aquello que puede ser motivo de unión. Esta es la intención y la doctrina del Magisterio, pues «la Iglesia se reconoce unida por muchas razones con quienes, estando bautizados, se honran con el nombre de cristianos, pero no profesan la fe en su totalidad o no guardan la unidad de comunión bajo el sucesor de Pedro»¹⁹. Aunque no están en plena comunión con la Iglesia, hay algunos que tienen la Sagrada Escritura como norma de fe y vida, manifiestan un verdadero celo apostólico, han sido bautizados y han recibido otros sacramentos. Algunos poseen el episcopado, celebran la Sagrada Eucaristía y fomentan la piedad hacia la Virgen María. Participan en cierto modo en la *Comunión de los Santos* y reciben su influjo, y son impulsados por el Espíritu Santo a una vida ejemplar²⁰.

El deseo de unión, la oración por todos, nos lleva a ser ejemplares en la caridad. También de nosotros se ha de decir, como de los primeros cristianos: *mirad cómo se aman*²¹.

III. La unidad es un don de Dios y por eso está estrechamente ligada a la oración y a la continua conversión del corazón, a la lucha ascética personal por ser mejores, por estar más unidos al Señor. Poco podremos hacer por la unidad de los cristianos «si no hemos logrado esta intimidad estrecha con el Señor Jesús: si realmente no estamos con Él y como Él santificados en la verdad; si no guardamos su palabra en nosotros, tratando de descubrir cada día su riqueza escondida; si el amor mismo de Dios por su Cristo no está profundamente arraigado en nosotros»²².

El amor a Dios nos ha de llevar a pedir, de modo particular en estos días, por esos hermanos nuestros que mantienen aún muchos vínculos con la Iglesia. Contribuiremos eficazmente a la edificación de esa unión en la medida en que nos afanemos por buscar la santidad personal en lo corriente de todos los días y aumentemos nuestro espíritu apostólico. El fiel católico ha de tener siempre un corazón grande y debe saber servir generosamente a sus hermanos los hombres –a los demás católicos y a quienes tienen la fe en Cristo sin pertenecer a la Iglesia o profesan otras religiones o ninguna y mostrarse abierto y siempre dispuesto a convivir con todos. Hemos de amar a los hombres para llevarlos a la plenitud de Cristo, y así hacerlos felices. Señor –le pedimos con la liturgia de la Misa *infunde en nosotros tu Espíritu de caridad y... haz que cuantos creemos en Ti vivamos unidos en un mismo amor*²³.

1 Símbolo Nicenoconstantinopolitano. Denz 86 (150). — **2** Jn 17, 21. — **3** Cfr. Pablo VI, *Alocución* 19-I-1977. — **4** Conc. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 8. — **5** Cfr. Jn 19, 23. — **6** Cfr. San Agustín, *Tratado sobre el Evangelio de San Juan*, 118, 4. — **7** Jn 10, 16. — **8** Mt 12, 25. — **9** Mt 16, 19. — **10** Mt 16, 18. — **11** Jn 17, 11, 20-21. — **12** Cfr. Conc. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*, 1. — **13** Hech 15, 1-30. — **14** Hech 20, 28-35. — **15** Cfr. 1 Tim 4, 1-16; 6, 3-6; Tit 1, 5-16; etc. — **16** Cfr. 1 Pdr 2, 1-9; 2 Pdr 1, 12-15; Jn 2, 1-25; Sant 4, 11-12; etc. — **17** San Agustín, *Contra los parmenianos*, 2, 2. — **18** Conc. Vat. II, Decr. *Unitatis redintegratio*. — **19** Ídem, Const. *Lumen gentium*, 15. — **20** Cfr. *ibídem*. — **21** Tertuliano, *Apologético*, 39. — **22** Juan Pablo II, *Alocución por la Unión de los Cristianos*, 23-I-1981. — **23** Misal Romano, *Misa por la unidad de los cristianos*, 3. Ciclo B. Oración después de la Comunión.

* Cada año, del 18 al 25 de enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, la Iglesia dedica ocho días a pedir especialmente para que todos aquellos que creen en Jesucristo lleguen a formar parte de la única Iglesia fundada por Él.

León XIII, en 1897, en la Encíclica *Satis cognitum*, dispuso ya que fueran consagrados a esta intención los nueve días que median entre Ascensión y Pentecostés. En el año 1910, San Pío X trasladó la celebración a los días 18 al 25 de enero de cada año (entre las fiestas de la *Cátedra de San Pedro*, que se celebraba entonces el día 18 de este mes, y la *Conversión de San Pablo*).

El Concilio Vaticano II, en el Decreto sobre ecumenismo, instaba a esta oración, «conscientes de que este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de una sola y única Iglesia de Cristo excede las fuerzas y la capacidad humana» (Decr. *Unitatis redintegratio*, 24).

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su

distribución por fotocopias u otras formas de distribución.